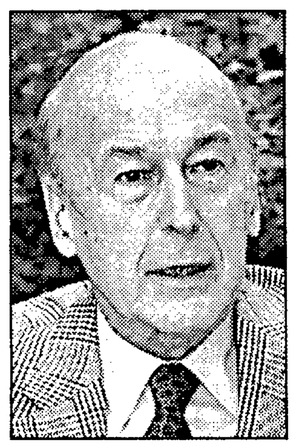
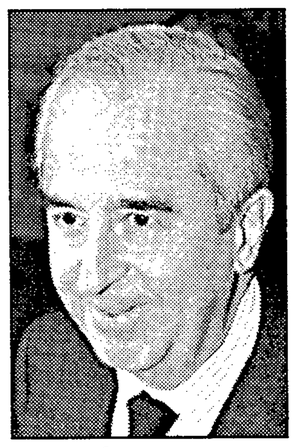
CAMBIO DE GUARDIA EN FRANCIA

El mariscal Pétain (a la izquierda) recibe a François Mitterrand en 1942.



Giscard d'Estaing.

Jacques Chirac.



Édouard Balladur.

Jacques Delors.

seguro que anotó unas palabras suyas de finales de los años sesenta, cuando aún era jefe del Estado y el entonces director de la televisión y radio franceses quería enseñarle un documento filmado por el director Marcel Ophuls sobre las verdades de la ocupación alemana. De Gaulle le contestó brutal: "Verdades. ¿Cree usted que yo hubiese hecho un Gobierno provisional contra los americanos e ingleses con verdades? La historia se hace con una ambición, no con verdades".

Los *progres* de aquella época ni podían dudar, ni se atrevían a leer *Le Caprrouillot* y *Minute,* periódicos de extrema derecha que narraban todas las aventuras del Mitterrand "romántico y tenebroso" que describió Catherine Nay, una periodista que dedicó dos años a desenterrar el pasado del hombre que dijo un día: "Yo hubiese podido ser Lenin".

Desde que estalló la tormenta del *joven Mitterrand,* Francia, durante una semana, se atormentó: hace menos de 15 días, la Bolsa tembló porque se dio al presidente por muerto. El jurado del premio literario más importante francés, Goncourt, se reunió como de costumbre en vísperas de la selección final de la novela ganadora, pero sólo hablaron de *El rey muere,* de Ionesco.

Vivir a "50 a la hora"

Tres días después se anunció que Mitterrand, moribundo, había entrado en el hospital y, a la misma hora, almorzaba en Chez Lipp, la *taberna* célebre en la que cenó, hace un cuarto de siglo, antes de conducir su coche hasta el lugar de un supuesto autoatentado que nunca se clarificó; en la que también cenó el día de mayo de 1968 antes de que lo corrieran a pedradas los *revolucionarios* estudiantiles; y donde también cenaba la noche de abril de 1974 cuando el dueño del lugar, señor Cazes, se acercó a él y le informó: "Pompidou acaba de morir; está usted en la línea de salida"; y Mitterrand recogió todos sus periódicos y salió de estampida...

Pero todo parece tranquilizarse en espera del futuro inmediato. Incluso en Francia, a casi 200 kilómetros de París, en una villa de sueño, Vendôme, de 25.000 habitantes, abrazada por los álamos, los castaños y los abetos, las gentes viven otro universo. La dueña del hotel Saint Georges: "En París viven a 500 a la hora, nosotros a 50 a la hora; además, todo eso que ahora se cuenta le debe interesar a ellos, a los políticos y los de aquella época".

Nos rodeamos de estudiantes del Liceo agrícola del lugar; son siete y ninguno escuchó ni vio al presidente Mitterrand en su espectacular, lúcida y tétrica entrevista en la televisión; saben algo de su enfermedad algunos; otro grupo de estudiantes, más numeroso, se enterán de lo que se les pregunta gracias al interrogador; todos ellos tienen entre 15 y 20 años.

El camarero de un bar dice simplemente: "Estaba ocupado ese día y no vi la televisión". Patricia, empleada en la oficina de turismo, de 22 años: "Ha querido acabar bien, pero es patético". Willian, nacido aquí, estudiante de 20 años, repasa sus apuntes en la biblioteca municipal y analiza la Francia de François Mitterrand: "El fondo del problema es que eso es muy lejano para nosotros; además, tenían que haberse dado cuenta antes, sobre todo antes de votarlo para el segundo septenio.Él quiere terminar como sea, y yo lo comprendo; el otro día me puse delante de la televisión, pero pensaba en otra cosa y lo dejé. Él miente, sin duda, pero hay tantos que mienten en política. Ahora lo que hace falta en Francia no es un político, sino uno que sepa de economía; lo que tiene importancia es el hombre, no la ideología y los partidos; hasta pienso que puede ser presidente Balladur o también Delors, porque no son claramente de ningún partido y los franceses están hasta el gorro de los enredos de los partidos".

"A mí me gusta ser francés porque es un país bello", añade Willian, "se come bien, se han conseguido logros sociales y tenemos una historia. Para mí, los hombres de la historia de Francia son Pasteur, el general De Gaulle, Napoleón y Mitterrand, a pesar de las tonterías que hizo al principio".

En el libro *Verbatim* (conversaciones más o menos), del que fue su colaborador más cercano el economista Jacques Attali, anota que un día le preguntó a Mitterrand: "¿Cuál es la calidad que valora más de un hombre de Estado?". "La indiferencia", respondió el hombre que ha escrito una docena de libros maravillosamente escritos y que, en vida, por lo que le gusta vivir, está celebrando la muerte a su manera.

'Tonton' y el general

JAVIER VALENZUELA

Ahora todo cobra sentido: sus ambigüedades, sus silencios, sus amistades sospechosas, su maestro caminar por los dominios de las sombras... También pueden entenderse sus reticencias al procesamiento de colaboracionistas, las flores que enviaba anualmente a la tumba del mariscal Pétain y su odio profundo al general De Gaulle. Ahora sabemos que François Mitterrand, el primer presidente socialista de la quinta república, guardaba un terrible secreto de juventud: estuvo al borde del fascismo, trabajó para Pétain, era de los que creían que la negativa de De Gaulle a aceptar la derrota de Francia y la colaboración con los nazis era una locura o una traición.

Hace cuatro años, en un libro titulado *A demain, De Gaulle,* Regis Debray dio el primer paso en la reivindicación desde la izquierda de la figura del hombre que salvó el honor de Francia en la II Guerra Mundial, le devolvió por arte de birlibirloque el papel de gran potencia y edificó su actual sistema político. Debray lo hizo desde una actitud de profunda decepción respecto a la presidencia de Mitterrand, en cuya primera fase él había colaborado activamente. "De Gaulle", escribió, "mantuvo sus promesas; nosotros (la izquierda) hemos perdido las nuestras". Pensaba Debray en la conversión beata al monetarismo, la indiferencia ante el cáncer del paro y la multiplicación de los escándalos políticos y financieros.

El general De Gaulle.

Mitterrand ocupará un lugar importante en la historia de Francia y también en la de Europa. Sus compatriotas recordarán que terminó con la *guerra civil* entre la derecha y la izquierda, impulsó la modernización tecnológica y económica de Francia, devolvió lustre a su cultura y amplió sus niveles de libertad de expresión. Los europeos le tendrán como uno de los estadistas que con más tesón trabajó por la reconciliación y la unidad de las naciones del continente. Y unos y otros conservarán la memoria de su amplia y fina cultura, su compleja personalidad y su extraordinaria capacidad para la maniobra política.

Pero en el duelo personal entre Mitterrand y De Gaulle por un puesto preeminente en los libros de texto del futuro, el segundo ya ha ganado por goleada. La principal diferencia entre el general y *Tonton* es que el primero, como escribió una vez *Le Monde,* "daba órdenes a la historia". Y se las daba porque comprendía las fuerzas profundas que mueven a los pueblos. Así, en 1940, De Gaulle sabía que Hitler no podía vencer y que el porvenir de Francia dependía de la no aceptación de su derrota ante los ejércitos alemanes. "Ahora es cuando la guerra está definitivamente ganada", dijo el general la noche del ataque japonés a Pearl Harbour. Tuvo razón. Como la tuvo posteriormente al predecir la descolonización de África, la reconciliación francoalemana, la revuelta palestina contra Israel, la muerte del comunismo, la desmembración del imperio soviético, la reunificación de Alemania y el renacimiento de una Europa extendida desde el Atlántico a los Urales.

De Gaulle era un rebelde que sabía que el tiempo le daría la razón; Mitterrand ha sido toda su vida un cauto que procuraba acomodarse al tiempo. Salvo en su europeísmo, Mitterrand nunca ha tenido una gran visión de futuro. Ha sido un maestro en la administración del presente, en la gestión de crisis que no había visto venir, en la superación de derrotas y la explotación de victorias. No ha sido un visionario, sino un pragmático, un oportunista incluso. Por eso en 1940 estuvo con Pétain y más tarde, cuando el fracaso del régimen de Vichy se hizo evidente, se pasó a la resistencia. Por eso descalificó en un panfleto a la quinta república fundada por De Gaulle con el nombre de *El golpe de Estado permanente*; y sin embargo, una vez en la jefatura de ese Estado, no sólo no cambió una coma de su edificio constitucional, sino que gozó todo lo que pudo de las ventajas del modelo de *monarquía republicana.* Por eso intentó evitar o retrasar la reunificación de Alemania y no comprendió que el intento de Gorbachov de salvar a la URSS estaba destinado al fracaso.

André Fontaine escribió en este periódico que la concepción del mundo de De Gaulle estaba "llena de visiones proféticas". Y Jean Daniel, en *Le Nouvel Observateur,* subrayó que su nacionalismo estaba en las antípodas del fascismo. Para el general, recordó Daniel, la nación francesa no es una raza, sino una idea, "una fusión de pueblos y de razas en un proyecto común". Visto desde la perspectiva de lo ocurrido desde su muerte, e incluso visto con ojos de izquierda, De Gaulle es el primer gran político francés del siglo XXI. Pero, sin duda, Mitterrand es el último gran político francés del siglo XX. Duelen las revelaciones sobre su juventud e indigna su capacidad para enterrar ese secreto durante décadas. Pero su valentía y su honestidad en la recta final de su existencia le humanizan.

El pasado lunes, en su entrevista televisada con Jean-Pierre Elkabbach, Mitterrand estuvo patético y emocionante. No negó las revelaciones del libro de Pierre Péan sobre su pasado derechista y nacionalista porque no podía hacerlo: él mismo dio al autor las claves de muchas de ellas. Pero levantó cabeza para proclamar que le parece mejor evolucionar desde la derecha a la izquierda que al contrario. Y en esta hora suprema en que el viejo y enfermo presidente francés comienza a dialogar con la muerte, reiteró su compromiso con la libertad, la solidaridad y la causa europea, y su enfrentamiento con el racismo, la xenofobia y la injusticia.

El general era, sin duda, más grande, pero *Tonton* es más entrañable. El general era un genio; *Tonton* ha sido un ser humano. Hasta puede perdonársele la bajeza de no haber citado a De Gaulle durante la celebración del 50º aniversario de la liberación de París. Ahora sabemos por qué no lo hizo.